

POR LA CATASTROFOLOGIA A LA REVOLUCION

UNOS minutos antes de la hora convenida estábamos mi hijo Miguel —magnetófono en mano, y yo ante la puerta de la casa de Roel van Duyn (léase Rul van Deyn, aproximadamente). Ni rastro de placa. Después de mucho escudriñar, Miguel cree leer el nombre, muy pequeñito y borroso, sobre la cal de la pared. Una mujer que sale del inmueble, preguntada, da muestras de no saber quién es Roel van Duyn, pero la mujer que está a la ventana —y a la que visiblemente acaba de visitar la interrogada— dice en seguida que sí, que vive en el primer piso. ¿Cómo es posible que en este barrio, el más pintoresco de Amsterdam, el Jordaan donde tanto tiempo ha vivido, no se conozca al personaje más singular de la vida pública holandesa en los últimos siete años? Precisamente no hacía ni una semana que había hablado toda la prensa, la radio y la televisión de su intervención en el Congreso de Estocolmo por la depuración del medio. Aparte de que ha sido ya en dos ejercicios anuales concejal de Amsterdam, con no pocas y sonadas intervenciones subversivas, por sí su calidad de primer teórico y principal inspirador de los movimientos más originales y escandalosos de Holanda: «provo» y «kabouter», no bastaran de sobra para hacerle más que popular. Pero Roel van Duyn hace casi vida de topo, y ni por su indumentaria ni por su talante llama la atención. No es, pues, extraño que la gente sin intereses político-sociales no le conozca ni para bien ni para mal. El caso es que a la hora exacta se nos apareció andando por la calle a nuestro encuentro, descalzo y vestido con gran sencillez; buena barba, eso sí, y unos lentes bastante gruesos, pero de montura blanca. A primera vista compone una figura como hay miles en la capital holan-

desa. Un apretón de manos y una sola palabra: «¡Pasen!». Piso pequeño y desordenado. En la mesa sucia, un libro nuevo de César Vallejo, antología bilingüe (al alemán). El común entusiasmo por el poeta rompe el hielo y abate la barrera del usted. La entrevista empieza al revés. Quiero decir que soy yo el interrogado por Roel van Duyn, ávido éste de conocer datos y detalles de primera mano sobre nuestra guerra civil al enterarse de que tiene delante a uno que la hizo de cabo a rabo. Pero llega un momento en que se da cuenta de que yo no había ido a verle para contarle cosas, sino al revés. Y mientras pone Miguel el magnetófono a punto, nos prepara en su antro culinario una infusión de menta. Lo que es por este representante (máximo) no podrán decir los del «orden» que barbas y pelos largos van de par con drogas ni fuertes ni flojas, ni con alcohol y ni siquiera con tabaco ni café. Diógenes y Gandhi a un tiempo, o Fermín Salvochea, que en vez de predicar entre cortijos andaluces la nueva revolucionaria, lo hace entre los canales amsterdameses. Al tratarle descubrimos el secreto del por qué a este revolucionario radical no le ataca nadie personalmente con saña: su dulce mirada desarma; su voz suave, pero firme y penetrante por lo profundamente hincada en la convicción, causa respeto; en fin, su transparente actitud de digna modestia, de ese estar suyo a la escucha de verdad, inocentemente abierto a lo que venga, hace de él un interlocutor ideal que sobre la marcha resulta por añadidura y felizmente tan inteligente como sensible. Roel van Duyn tiene veintinueve años, y unas manos fuertes y limpias con unas uñas muy blancas.

● Aunque todo el mundo ha oído hablar de «provos» y «kabouters», no estaría de más que empezaras por explicarnos si hay alguna continuidad de uno a otro movimiento, y así se verá de paso si hay alguna diferencia.

ROEL VAN DUYN.—Pues sí, hay continuidad y discontinuidad al mismo tiempo. El movimiento «provo» era una reacción de protesta poco menos que nihilista, de insatisfacción radical y agresiva contra una sociedad profundamente frustrante, en el que se promovía más que el amor la creatividad, mientras que en el movimiento «kabouter» todo se centra en el amor y hay toda una línea de actividades constructivas...

● Perdona un momento, que voy a aclarar eso de «kabouter»; ya me dirás si es así: aquí en Holanda es más popular el «kabouter» que el «gnomo» o enano en España (me refiero a enanitos como los de «Blancanieves», geniecillos del bosque, de la mina y del huerto). En Holanda es muy frecuente ver en los jardines estatuitas de «kabouter» (pronúnciese «kabouter») con su gran seta pintada, quiero decir con sus pintas rojas o blancas sobre fondo blanco o rojo, por ejemplo. Y gracias a la popularidad de estos duendecillos de la Naturaleza habéis hecho popular nuestro movimiento también, destinado a imprimir un viraje del hombre desnaturalizado hacia el campo, hacia lo natural en todos los órdenes. Pero tampoco se puede confundir este movimiento con el de los naturalistas, porque los «kabouters» persiguen una vuelta a la Naturaleza integral, no sólo gastronómica o epidérmica (vegetarismo, nudismo, etcétera), sino económica, social y política, con sus instrumentos técnicos, ¿es así?

RvD.—Así es, más o menos. Pero volviendo a lo de la continuidad, ya

sabes que nuestro movimiento «provo» se autodisolvó, y no porque se sintiera de pronto sin base de opinión popular, sino porque se sintió en un callejón sin salida. Tal como pensábamos, no teníamos ni queríamos tener programa y nos pareció que actuábamos en el vacío desde el momento en que nos dimos cuenta de la imposibilidad de hacer nuestra revolución en un país como Holanda.

● Sí, no deja de ser paradójico que en el país casi casi burgués por antonomasia haya surgido un movimiento tan radical y sinceramente antiburgués.

RvD.—A lo mejor porque del mismo modo que fueron los holandeses los protocapitalistas, ahora les toca ser los «protoproletarios».

● Otra cosa que hay que explicar, quizá. Vosotros habláis de un «provo» como de una nueva clase social, ¿verdad?

RvD.—Una nueva clase o nuevo estado social integrado sobre todo por estudiantes y otros jóvenes rebeldes más o menos marginales o marginados del proceso de producción normal. El «provo» es el

elemento o factor de reajuste que ha de hacer la revolución. Pero esa revolución la estamos haciendo desde ahora. Y esta es la diferencia esencial entre «provos» y «kabouters». Los «provos» no tenían más que a destruir la sociedad, pero los «kabouters» creemos que mientras esperamos el hundimiento de la presente hemos de ir adiestrándonos en la futura dentro de lo que quepa. A este respecto lanzamos la consigna clave de la alternativa. Ya no nos oponemos a la sociedad presente chocando frontalmente, sino que nos valemos de nuestros derechos democráticos para reclamar la edificación de nuestra sociedad al lado de la actual dominante, sin molestarla, sin atacarla; tan sólo presentando nuestro modelo de sociedad a base de muestras factibles, hoy mismo hacendadas: granjas de «kabouters» administradas como cooperativas y encargadas de producir artículos alimenticios biológico-dinámicos...

● ¿Qué es eso?

RvD.—Un nombre entre otros para designar productos agrícolas cultivados sin la ponzoña de los

abonos químicos, los herbicidas, pesticidas, etcétera. Lo de biológico-dinámico está tomado de los movimientos antroposóficos y su «profeta» el alemán Rudolf Steiner; otros los llaman «orgánicos», es igual... Otras actividades de los «kabouters» son los servicios de ayuda a los ancianos, por barrios; las tiendas en que se venden los productos de las «granjas-kabouters» hasta con marcas especiales, como la de Deméter, y las acciones de ocupación de viviendas abandonadas en favor de las familias sin techo o que viven en sublevante promiscuidad y miseria.

● ¿Cómo se entiende que un movimiento contrario a la sociedad actual no la trate consecuentemente como a su enemiga?

RvD.—Esta es otra línea de neta diferenciación respecto a los demás movimientos protestatarios, el de los «provos» incluido, y que al mismo tiempo nos confiere una originalidad innegable. Por un lado, no encontramos el descontento con el odio, porque creemos que ahí ha sido el gran fallo leninista, y por otra parte procuramos hacernos con una nueva tecnología capaz de suplir un día la tecnología capitalista-comunista que está destrozándonos y haciéndonos inviable nuestro planeta.

● Envuelves a capitalistas y comunistas bajo un mismo denominador tecnológico, ¿por qué?

RvD.—Las sociedades comunistas no han sido capaces de concebir por su cuenta y de erigir una tecnología propia y apropiada al nuevo humanismo marxista que tenemos razones de esperar. Lo que han hecho es imitar a las sociedades capitalistas en todo, empezando por la explotación a mansalva de la Naturaleza y acabando, como era inevitable, por la explotación del hombre por el hombre. El principio de la explotación es el mis-

TELEVISION A LA HOLANDESA

La radio-televisión holandesa está organizada a modo de referéndum permanente. Todo grupo, movimiento, partido o individuo que reúna quince mil firmas tiene derecho durante un año a una o dos horas de antena por semana. Al cabo de ese año probatorio, el grupo o movimiento ha de conseguir cien mil firmas. Si no alcanza esta cifra, perderá sus horas de antena. Si lo consigue, tendrá derecho a un programa de televisión por semana, por las tardes, y a entre diez y doce horas de radio. Para conservar sus horas de emisión, el grupo o movimiento en cuestión debe reunir todos los años un mínimo de cien mil firmas. Si no logran alcanzar esta cifra, conservarán entre una o dos horas de antena antes de ser eliminados. Los «kabouters» disponen, desde 1970, de un programa completo, en asociación con los pequeños partidos de izquierda (P. S. P. y P. P. R.).



Roel van Duyn hace casi vida de topo, y ni por su indumentaria ni por su talante llama la atención.

FRANCISCO CARRASQUER

mo. Pero en las sociedades que se llaman comunistas o socialistas, es imperdonable que no se haya pensado en que la tierra es un bien común que hay que administrar con equidad y economía, no sólo a la vista del presente, sino también según el proyecto de lo futuro. En China es diferente. Allí la agricultura se lleva de frente, bajo Mao, según principios más próximos a nuestro ideal: abonos orgánicos naturales, explotaciones pequeñas, policultivos, ritmo natural, etcétera. Por otra parte, los chinos, por haber llegado más tarde a la industrialización, tienen oportunidad de aprender la gran lección del esquilamiento natural en los países occidentales y evitarla, amén de que se encuentran ya con la perspectiva de recursos energéticos que se están agotando y la necesidad de suplirlos por otros.

● ¿No crees que también ha podido influir en su originalidad económica el empeño de singularizarse, tanto frente a Estados Unidos como frente a Rusia?

RvD.—Es muy posible, pero yo creo más en el factor tradición —tienes el caso de la acupuntura en Medicina— y en la coyuntura ecológica universal. Claro que, por otra parte, han pedido «Concordas» y de vez en cuando hacen estallar bombas atómicas, lo que no es nada recomendable para la depuración del medio que digamos.

● A propósito de depuración del medio, ¿qué opinión te merece el informe Mansholt?

RvD.—En lo esencial, de acuerdo. Lo que pasa es que Sicco Mansholt tiene un historial que repruebo totalmente. Me refiero a su actuación al frente de la política agrícola en la Comunidad Económica Europea. El ha favorecido todo lo contrario de lo que yo propongo: la gran explotación agrícola y el monocultivo. Pero con sus más recientes ideas esto y bastante de acuerdo, como, por ejemplo, cuando habla de socialización económica y de reducción de la producción industrial, aunque por desgracia no le he oído decir nada de una tecnología nueva, inofensiva para el medio...

● ¿Hasta qué punto crees en la posibilidad de tal tecnología?

RvD.—Es mi única esperanza, porque o creamos una nueva tecnología o perecemos, puesto que con la actual vamos a la asfixia, y sin ninguna, al suicidio.

● ¿No serán vuestras ideas al respecto un tanto ingenuas, como se le ha reprochado a Gandhi, que quería el retorno a la rueda y demás?

RvD.—Hay algo gandhiano en nuestro proyecto, porque por algo Gandhi era un admirador de Kropotkin como nosotros, pero a Gandhi no se le planteaba el tremendo problema de la polución y contaminación del aire, las aguas y los suelos. Y para solucionar ese problema hay que contar con técnicos y hombres de ciencia.

● ¿Y contáis con ellos? ¿Hay algo en marcha en este sentido?

RvD.—Ya lo creo. Precisamente esta semana viene la mitad del semanario «Nieuwe Linie» lleno de noticias de esta índole.

● Sí, ya sé, bajo la rúbrica «Sembrando pánico».

RvD.—Bueno, ya sabes, pánico está tomado en el doble sentido de terror y de retorno a pan.

● Como en tu libro «Diario pánico».

RvD.—Eso es.

● Si te parece, vamos a dejar eso para después y hablemos ahora del otro libro tuyo: «El mensaje de un enanito sabio», en el que haces la apología de Pedro Kropotkin. Supongo que sabrás que Kropotkin, y en especial su «Conquista del pan» y su «Apoyo mutuo», fue alimento revolucionario de millones de españoles durante los años treinta.

RvD.—Sí, por Rudolf de Jong estoy bastante informado del movimiento anarquista español, pero me gustaría estarlo mucho más. Volviendo a mi libro sobre Kropotkin, si lo has leído te habrás dado cuenta de que trato de actualizarlo con adquisiciones que él no podía barruntar y errores de perspectiva histórica inevitables, que subsano.

● ¿Cómo resumirías en pocas palabras la tesis de tu libro?

RvD.—Voy a intentarlo (Pausa y carraspeo). Para mí ha sido una lástima que haya tenido mayor éxito el marxismo, con su exaltación del trabajo, de la lucha clasista y su fondo de agresividad en suma,

que la idea kropotkiniana del apoyo mutuo o de la cooperación, tan conforme a los resultados a que han llegado los científicos de las ramas interesadas: biología, zoología, sociología y psicología, con su exaltación del ocio creador, la supresión de clases y la mínima expresión posible de autoridad estatal. Pero a Kropotkin le faltó ser dialéctico y saber que en la vida de las sociedades animales —la del hombre incluida— intervenía, además de la cooperación, la agresión. O dicho en términos socio-históricos: que la evolución marcha necesariamente a golpes de revolución y que el apoyo mutuo solo no basta. El caso es que Kropotkin propugnaba también la revolución, pero por ir demasiado sistemáticamente en contra de los profetas de la agresión o darwinianos a ultranza, caía en la inconsecuencia de predicar el apoyo mutuo y la revolución a la vez. Consciente de que nuestra revolución es más difícil que nunca, porque ya no creemos en una revolución de aparato ni de mandos, sino de mentalidad, psicológica tanto como sociológica, lo que propongo es un «provotariado» que haga de constante reajuste revolucionario para reenderezar lo que la sola cooperación no basta a llevar sano y recto.

● Sí, ya veo: tu famoso argumento cibernético del «reajustador» o del «feedback» con que abundas en la tesis kropotkiniana.

RvD.—En realidad, la tesis propiamente dicha de Kropotkin ha sido cada vez más y más reforzada por las conclusiones de los hombres de ciencia. Yo cito en mi libro a biólogos como Wheeler, Allee, Montagu, Schellinger, Portmann, Tinbergen y otros muchos que han investigado con tanta aplicación como talento y han enriquecido la idea del «apoyo mutuo» del príncipe anarquista ruso hasta hacerla incontestable. Lo que pasa es que Kropotkin descuidó la fuerza de repulsión que ha de ir al lado de la de atracción. La agresión es esa fuerza de rechazo que viene a ser una alternativa táctica de las especies para conservarse cuando la cooperación no basta. De modo que nuestra agresión vuelve a llevarnos a la idea de alternativa de que hablaba y tiene signo positivo, es decir, no hay que verla como fuerza destructiva, sino al revés: como fuerza constructiva y creadora. En defensa de Kropotkin se pueden alegar muchos y valiosos trabajos de etnografía, basta citar los del estructuralista Lévy-Strauss. Y, en fin, la teoría cibernética la veo como una extensión de la dialéctica.

● Dialéctica, pero, ¿cuál? ¿La de Hegel, la de Marx, la de Sartre?

RvD.—Ninguna de éstas del todo. Una dialéctica de corrientes y contracorrientes es excesiva para explicarnos la vida: nos basta con una dialéctica de corriente y obstáculos en la cual la síntesis no sea más que la superación por la corriente del obstáculo. Y así entramos en la idea cibernética del «reajustador» o «alineador de dirección». Es decir, de esa reacción que se produce automáticamente para rectificar cualquier desvío, hurtarse a cualquier obstáculo o conjurar cualquier amenaza.

● Y hablando de amenazas, entremos de lleno en vuestra campaña contra la contaminación del medio.

RvD.—Eso es. Este es nuestro principal caballo de batalla, porque significa para nosotros la disyuntiva entre vida o muerte. Y si no salvamos la vida de la Humanidad, ¿qué importancia tiene ya lo demás?

● Pero, ¿no os dejáis llevar por los falsos agoreros, los que exageran la nota por turbios designios o los sectarios que creen en el fin del mundo para el año dos mil, etcétera, etcétera?

RvD.—Te parecerá todo lo extraño que quieras, pero el último argumento de nuestra fe revolucionaria nos lo ha venido a dar la catastrofología.

● ¿Cómo es eso?

RvD.—La catastrofología es una ciencia muy prometedora que se ha independizado de la futurología, de la que era una rama hace muy poco. Porque también aquí se ha producido el mismo doble efecto dialéctico-cibernético. Si por un lado los futurólogos optimistas (como siempre, los que les sirven a los dominadores los argumentos para tranquilizar su mala conciencia, como en su tiempo los Malthus, Huxley, padre; Hobbes y más recientemente un tal Calder), pintaban el porvenir de color rosa hablándonos de la automatización y sus efectos de mucho más tiempo libre y mayor prosperidad; por otro, los catastrofólogos analizaban las desastrosas consecuencias de la industrialización en el medio ambiente, de las hambrunas endémicas, de la militarización y sus secuelas bélicas.

● De acuerdo, pero ese horrible nombre de catastrofólogo no te va, ni os va a los «kabouters».

RvD.—Puede que sea feo el nombre, pero te advierto que la actividad centrada en estudiar porcentajes en suspensión de nitratos, fosfatos y dióxidos de azufre, así como herbicidas, motores de combustión interior, desechos radiactivos, el «smog», el estroncio 90 y los efectos del «napalm»; entre otras cosas, no tiene por qué ser obligatoriamente deprimente. Porque si en todos estos estudios se buscan las causas a partir de los sistemas políticos, sociales y económicos y de las ideologías que los soportan y fomentan, precisamente desde ese negro ángulo de visión se está en condiciones de arrojar luz sobre la situación en que nos encontramos. Y desde ese momento, la catastrofología no se limita ya a advertir, sino que se convierte en ciencia **acuciadora** por la busca de los medios para salvar a la Humanidad y construir la sociedad a salvo y feliz que todos deseamos. Por eso es, pues, la catastrofología una ciencia revolucionaria, y sus cultivadores unos militantes de la técnica limpia y de la sociedad justa y libre.

● Como decimos en español, «no hay mal que por bien no venga». Nunca mejor empleado el refrán. Concretamente, ¿en qué trabajan vuestros técnicos y hombres de ciencia, digo los que están con vosotros, los «kabouters»?



El principal caballo de batalla de los «provos»-«kabouters» es la lucha contra la contaminación. A ella dirigen su propaganda, porque la contaminación del medio es para ellos una disyuntiva entre la vida y la muerte.

POR LA CATASTROFOLOGIA A LA REVOLUCION

RvD.—Se han hecho experimentos coronados por el éxito con motores «limpios», se está avanzando a pasos de gigante en la aplicación de las energías naturales, del viento, del agua, del Sol. Hay equipos de técnicos que están trabajando mucho y bien en este sentido.

● Vamos a hablar, si te parece, ahora de vuestra experiencia política. ¿Qué resultados crees habéis conseguido con vuestra presencia en el Consejo Municipal de Amsterdam?

RvD.—Bueno, no sólo en el de Amsterdam...

● Sí, claro, en muchos otros Consejos Municipales, pero el mayor triunfo fue el conseguido en las elecciones para el Consejo amsterdams. Cinco «kabouters» nada menos en la capital. ¿Qué me dices de esa experiencia?

RvD.—Nunca creímos hacer así la revolución, por supuesto, pero estoy seguro que hemos hecho una labor de penetración ideológica interesante. Por lo menos los miembros progresistas conocen ahora mejor nuestras ideas y razones, aparte de que haya repercutido en la opinión pública nuestra actitud filosófica y política. Ten en cuenta que nuestra revolución no es de aparato, sino de mentalidad. Lo único que puede acelerarnos es que, en un momento dado, tengamos preparado un nuevo Estado para sustituir al que se derrumbe, el de hoy, por inanición o autoasfixia.

● Creo que sí, creo que lo más importante es esa idea de que sólo haciendo se transforma. Se acabaron los revolucionarios de boquilla. Por otra parte, un principio psicológico elemental es el de los mecanismos de repetición que engendran pisos de superior convivencia, y hasta que la gente no adquiera nuevas y buenas ideas hechas actos no hay tal mejora. Recuerdo el efecto que causaron las iniciativas de los «provos» con sus bicicletas blancas, su sabotaje al automóvil, sus «happenings», sus proclamas

de libertad sexual, de artisticidad generalizada...

RvD.—Por cierto, que una de esas innovaciones está teniendo ahora su hora de aplicación. Me refiero al autillio eléctrico blanco, taxi sin chófer que al parecer se va a lanzar oficialmente. Mejor que la experiencia de Montpellier, porque en este caso el vehículo no emponzoña la atmósfera. He ahí un germen del movimiento siguiente de los «kabouters»: iniciativas prácticas.

● Como siempre, los holandeses, hasta los idealistas, son prácticos. ¿Y qué tal en la práctica la organización actual de los «kabouters»?

RvD.—Estamos en una curva descendente. Vamos a procurar levantarla. Reina entre nosotros ahora demasiado el desprecio a la organización. Creo que ya sabes que nuestro movimiento «provo» fue el que lanzó consignas que poco después habían de tener tanto éxito en la abortada revolución de mayo de mil novecientos sesenta y ocho, en París, tales como «L'imagination au pouvoir», «éducation universelle», «happening», etcétera.

● Ahora que hablas de estos lemas, recuerdo un letrero estupefando, entre otros muchos, de aquel mayo mil novecientos sesenta y ocho parisiense, y que si no ha salido de los «provos», podría haber salido: «Réve + évolution = révolution».

RvD.—Sí, muy bueno, pero a nosotros nos gusta más pisar tierra firme y tener los ojos bien abiertos. Claro que ese «réve» no es de sueño, sino más bien desiderata, salto al ideal contra la rutina, dimensión suprarrealista.

● Estábamos en vuestra organización.

RvD.—Es verdad. Pues lo cierto es que estamos en vísperas de una gran reorganización, porque como en estos últimos tiempos no ha salido nada espectacular de nuestro movimiento, la base popular nos falla un poco y hemos de atizarla.

Que aunque seamos enemigos de institucionalizar, hay que convenir en que en la vida pública no se hace nada sin que se organice previamente. Hemos caído en una postura demasiado anarquista, y hay que coordinar los muchos y tan dispersos grupos de «kabouters» con el fin de hacer una labor de conjunto más fecunda y animada.

● ¿Cuál es vuestra plataforma política, o pública, si prefieres?

RvD.—Aparte de nuestro pintoresco apelativo de «kabouters», la imagen pública con que nos presentamos, hecha fórmula, es la de «Orangevrijstaat». Es una expresión que en seguida hizo fortuna, no sólo porque suena bien y hay un precedente toponímico en África del Sur, sino porque tiene doble filo: igual puede significar «Estado libre de Orange» que «Estado liberado de (la casa) Orange», que es la casa real holandesa. A lo mejor, hace quince años, habría despertado grandes resistencias, porque todavía se tenía a la casa real como algo sagrado, pero desde un tiempo a esta parte, la gente ha perdido ese respeto y cunde una cierta tendencia republicana.

● A este cambio de mentalidad me refería antes, y creo haber percibido muy claramente que se debió en gran parte a la agitación «provo».

RvD.—No hay que exagerar, y no voy a ser yo el que te dé la razón del todo, pero hemos hecho algo en ese sentido. Estas cosas de clima social tal vez las registréis mejor los extranjeros.

● Desde luego, por orden de importancia, yo diría que a ese cambio de mentalidad holandesa han contribuido los «provos», los programas satíricos de la radio y, sobre todo, de la Televisión, el «aggiornamento» de verdad de los católicos posconciliares holandeses y el normal ejercicio de la democracia con sus explosiones entre los estudiantes y la juventud en general... ¿Y qué tal eso que suele llamarse la «intelligentzia»? ¿Sienten algún apoyo por parte de los escritores, de los artistas de vanguardia?

RvD.—Muy poco, porque la «intelligentzia» de los países pequeños como Holanda está demasiado atacada en sus pequeñas rivalidades y por estar demasiado atentos en apabullar y hacer sombra a los demás no llegan a interesarse generosamente por un movimiento revolucionario y franciscano como el nuestro.

● Eso de «franciscano» está muy bien, porque es verdad que a muchos escritores les parece que ser inteligente es ser duro, pesimista, escéptico y cínico. No obstante, yo conozco una honrosísima excepción: el poeta y pintor Lucebert, para mí uno de los mejores poetas holandeses de posguerra, por no decir el mejor, que eso es siempre peligroso.

RvD.—Es verdad, yo le admiro, aunque no hubiese escrito su poema en favor de los «provos», ¿lo conoces?

● Como que lo tengo hace tiempo traducido. Termina así: «Por toda esta agria verdad rindo homenaje a los «provos», esos héroes blancos de un mundo por ganar». ■ F. C.